

## Amapola y vida social campesina

Aspectos adaptativos de los cultivos “ilícitos” en una microregión del sur del Tolima<sup>1</sup>

---

Guillermo Ospina<sup>2</sup>

### Abstract

Los efectos del cultivo de la amapola (*Papaver somniferum*) sobre el medio ambiente natural y la vida social de las comunidades campesinas implicadas en él, han dado lugar durante la última década del Siglo XX a un acelerado proceso de cambio social cultural ante el cual los grupos sociales locales han debido adaptarse para sobrevivir bajo condiciones particularmente conflictivas. De este modo, aunque el consumo de los derivados de la amapola es reconocido desde la antigüedad tanto en Oriente como en Occidente, el cómo se desarrolla su cultivo y que efectos traen consigo en la vida social a una escala local, es una cuestión sobre la que queda aún mucho por investigar.

---

1 Esta ponencia cumple con una de las metas propuestas dentro de un proyecto de investigación más amplio titulado “Pastoreo y cultivos en el páramo de Las Hermosas”, con el cual se busca comprender de manera comparativa las estrategias adaptativas y el conjunto de relaciones sociales que existe entre las poblaciones locales de dos microregiones del Parque nacional Natural Páramo de Las Hermosas en los Departamentos del Valle y el Tolima, cordillera central del país.

2 Grupo de Estudios Sociales Comparativos (GESC), Departamento de antropología, Universidad del Cauca.

En la ponencia se consideran algunos elementos descriptivos y analíticos para la comprensión de la vida social campesina en una localidad del sur de Tolima, donde la introducción del cultivo de amapola en la economía doméstica permite observar una serie de manifestaciones socioculturales, que ponen en evidencia la inserción de estas comunidades en un sistema calificado políticamente como “ilegal”. Desde una perspectiva antropológica, se delinean algunos de los aspectos socio culturales más representativos del cultivo de la amapola en la región de estudio, así como el tipo de relaciones que existe entre los diversos grupos sociales localizados en espacios de producción de droga por cuestiones geopolíticas y estratégicas.

## **Droga: la amapola y sus derivados en el contexto global**

Al hablar de “droga” en un sentido amplio, nos estamos refiriendo a uno de los temas más recurrente en el ámbito de la política y la economía global contemporánea, relacionado con la necesidad de controlar la producción y el tráfico de sustancias “ilegales” que circulan en el mercado clandestino mundial. Más como un fenómeno de connotaciones “transnacionales” o “interétnicas” –si es que este último término dice más– el fenómeno de la droga plantea para su investigación condiciones problemáticas debido a que sus significados trascienden las fronteras del consumo hacia ámbitos socioculturales muy especializados y diversos a los cuales la droga misma se encuentra articulada.

Desde las últimas décadas del Siglo XX, el interés que ha despertado el fenómeno de las “drogas” dentro de las llamadas “disciplinas sociales”, ha sido enfocado por los académicos particularmente desde dos perspectivas básicas: 1) desde su uso o “consumo” en contextos socioculturales específicos que podríamos llamar la perspectiva local y esencialista; y otra, 2) desde la economía y política que implica las relaciones entre las sociedades y la droga misma a una escala más amplia regional, nacional o transnacional que denominaré como perspectiva global. Ambas posturas por razones prácticas y metodológicas quizás, han concentrado su atención sobre distintas escalas (contextos) –el global y el local– acentuando sus análisis más sobre unos aspectos que otros, dando la impresión a veces de que no estuvieran en el fondo profundamente interconectadas entre sí.

En el contexto de la antropología, el estudio de las “drogas” ha estado remitido en el mayor de los casos al interés particular por las prácticas tradicionales de pueblos “indígenas” de distintas regiones del mundo, relacionadas con el uso de plantas o mezclas de estas usadas en ritos de curación y como medio de conocimientos “médicos” o “místicos” que tienden un puente entre lo humano y lo divino. Las ceremonias en las cuales se usan “drogas”<sup>3</sup>, son dirigidas por el hombre de “conocimiento” del grupo cuya imagen representativa es designada con el término genérico de “chamán”, quien desde mapas cognitivos particulares y el uso de “recetas” reconocidas durante siglos por la experiencia, abre las puertas de la percepción hacia experiencias insospechadas de la cognición humana con los cuales lee y construye su realidad individual y colectiva. Este es el caso de la coca que particularmente ha sido vista como una planta mística y médica entre sociedades indígenas del continente Suramericano, pero con significados distintos en sociedades complejas y ambientes urbanos (ver: Meneses, 2000).

En el ámbito de las sociedades industrializadas o “avanzadas”, el consumo de drogas alcanza una escala masiva a diferencia de los pueblos tradicionales “indígenas”, donde su consumo es muy especializado y restringido por el código de normas sociales. Claro está, no solo en este tipo de sociedades avanzadas el uso de drogas es popular, sino que su consumo corresponde más a prácticas (hábitos) entre grupos de interés particulares alrededor de todo el mundo donde la droga adquiere connotaciones específicas, relacionadas con el status social y la identidad cultural de sus miembros. La diversidad de drogas y sustancias disponibles en el mercado clandestino de las ciudades de todo el mundo, provienen de regiones desde donde son “exportadas” hacia los centros urbanos, consolidando redes y estructuras especializadas (como subcultura) en la producción, distribución y consumo en sociedades complejas, especialmente en contextos o ámbitos que permiten su arraigo.

La base de esta estructura podríamos verla por ejemplo localizada en los campos de cultivo que proveen de materia prima a la industria

---

3 Esta ponencia cumple con una de las metas propuestas dentro de un proyecto de investigación más amplio titulado “Pastoreo y cultivos en el páramo de Las Hermosas”, con el cual se busca comprender de manera comparativa las estrategias adaptativas y el conjunto de relaciones sociales que existe entre las poblaciones locales de dos microregiones del Parque nacional Natural Páramo de Las Hermosas en los Departamentos del Valle y el Tolima, cordillera central del país.

de la droga, donde la “droga” como tal posee dinámicas y significados socioculturales específicos como sucede en el caso de los “cultivos ilícitos” y las relaciones sociales generadas por ellos en las regiones de producción. En el otro extremo podríamos localizar al consumidor definitivo sin el cual toda la dinámica de la droga no tendría sentido. Entre ambos extremos de la estructura, encontramos las redes de producción y distribución con todas las variables asociadas que ya muchos han visto como el resultado de un “flagelo” o una “plaga”: la enfermedad. (ver gráfico de redes)

El caso de la Heroína, consumida particularmente en los países “avanzados” –sin desestimar el creciente consumo en los países productores–, está asociada en la actualidad con grupos sociales marginales y delincuenciales donde el costo de la droga para satisfacer la adicción es elevado y se consigue a cualquier precio. Burroughs (1980) en su libro “Almuerzo Desnudo”, lo expresa muy bien considerando a la droga una “gran industria” sostenida estructuralmente como una pirámide por los adictos, y que funciona con los principios básicos del monopolio: “La droga es el producto ideal... la mercancía definitiva. No hace falta literatura para vender. El cliente se arrastra por una alcantarilla para suplicar que la vendan... el comerciante de drogas no vende su producto al consumidor, vende el consumidor al producto”.

Los derivados de la amapola (opio) son clasificados como narcóticos sedantes con una acción depresiva que inhiben el sistema nervioso central. Con su efecto analgésico encontramos ciertos resultados como la “euforia desbordante, la elevación de los ánimos y una sensación de paz, alegría y seguridad, ya que la droga ofrece protección del medio ambiente tanto externo como interno” (Dusek y Girdano, 1983, 171). Según los autores en mención, esta es la clave de por qué la heroína tiene el potencial de adicción más alto de todas las drogas ilícitas. También podríamos comprender en cierto sentido la preocupación “estatal” de los países consumidores por la creciente adicción y dependencia de cada vez más cantidad de individuos involucrados en la esfera del consumo. “A medida que los efectos de una inyección de heroína van desapareciendo, el adicto dispone generalmente de cuatro a seis horas para conseguir su siguiente dotación (sic). Si durante este tiempo no toma un depresivo fuerte, los síntomas de privación comienzan a aparecer: flujo nasal, dilatación de las pupilas, espasmos intestinales, escalofríos, y demás síntomas de la abstinencia...”.

Además de la heroína, existen por lo menos ocho sustancias derivadas del opio de distinta naturaleza y potencia. La morfina y la codeína son los alcaloides natural del opio cuyo porcentaje varía según la región de cultivo. La solución de opio Láudano 10% y Paregórico 4% que comúnmente se produce en las destilerías regionales de Asia y Oriente Medio para abastecer la demanda regional, los alcaloides semi sintéticos Heroína, Dilaudid y Meperidina, y sintéticos como la Metadone los cuales pasan por un proceso químico industrial. Brau (1974), clasifica los alcaloides obtenidos del opio según su efecto así: soporíficos (Morfina, Codeína, Narceína), excitantes (Lebaína, Papaverina, Narcotina), y tóxicos (Tebaína, Codeína, Papaverina). De acuerdo con este autor, el opio fue ingerido como droga antes que fumado reconociéndose el “vicio” de la “opiofagia” en las culturas de Egipto y Asia menor.

Los conceptos y percepciones sobre el uso de los derivados del opio han cambiado a través del tiempo, a menudo son contradictorios y se encuentran fórmulas de una infinidad de fármacos que abarcan una secuencia cronológica desde la antigüedad hasta la Europa renacentista. La historia del opio comienza alrededor de 3500 a.C. en Sumeria –hoy Irak– donde era utilizado para tratar la disentería. La droga pronto se difundió a Egipto y Persia, de los que se conservan restos arqueológicos que datan de 1400 A. C. en los que se identifica la forma del pericarpio de la amapola representando la diosa serpiente la cual ocupaba un lugar central en la cultura médica (La Cruz, 1999, 36). En el Siglo X llegó a la China donde era ingerido como medicina, posteriormente los navegantes portugueses del Siglo XVI la llevaron a la India, pero en el Siglo XVII llegó a Asia la costumbre Occidental de fumar y "el fumador de opio se hizo popular" (Dusek y Girdano, 1983, 173). En el Siglo XVII ocurrió por primera vez el abuso de la droga a gran escala en la India cuando se prohibió el uso del alcohol. “El opio pronto se extendió a la China donde se convirtió en un vicio muy arraigado, a pesar de los edictos del gobierno en su contra”.

De manera semejante al consumo, el comercio del opio no es nuevo y podríamos afirmar con el legado histórico que fueron también los europeos los encargados de difundirlo. En el Siglo XVIII Inglaterra tenía el monopolio comercial del opio hindú a través de la East India Company la cual proveía a la China quien “dejó de cambiar sus preciados productos de exportación, té y seda, por oro y plata, como era la costumbre, recibiendo en pago la droga. En 1729 (cuando el emperador impuso un

edicto contra el opio) China estaba importando alrededor de 15 toneladas al año, pero en 1790 las importaciones habían alcanzado 400 toneladas; debido principalmente a las maniobras de la East India Company". Entre 1839 y 1856 se libraron las guerras del opio<sup>4</sup> "debido a que China deseaba reforzar un edicto de 1800, que castigaba las importaciones de drogas, y los países europeos (proveedores de opio) pelearon por mejores condiciones comerciales. Como resultado, China fue forzada a legalizar el comercio de opio, factor que condujo a que se extendiera aún más la adicción del mismo".

En contraste con la percepción actual sobre la droga, durante el Siglo XIX el consumo de opio fue muy popular y de prestigio sobre todo en Inglaterra, en los medios Snobs y estetas donde existió una escenificación casi litúrgica del fumador convirtiéndose en una mercancía de consumo mistificado para la elite (Brau, 1974, 104). Sin embargo, el uso de la morfina toma su lugar "justificado" en el escenario de la guerra donde se buscaba eliminar el dolor a los combatientes mal heridos, fundamentalmente a quienes habían de sufrir amputaciones. El momento cumbre de la morfina se sitúa entre 1875 y 1900 cuando llegó a convertirse en una "panacea" médica que aliviaba todos los males.

A finales del Siglo XIX la morfina hacía estragos en Europa. Dresser cierto químico alemán, aisló una sustancia nueva derivada de la acetilación del clorhidrato de morfina<sup>5</sup> al cual le dio el nombre de Heroisch (remedio energético), definiéndola en estos términos: "sustancia carente de propiedades hábito formantes, de muy fácil uso, y, sobre todo, la única que puede curar en poco tiempo a los morfinómanos", esta era comercializada a una escala industrial por la compañía farmacéutica Bayer de Alemania. Hacia 1905 algunos argumentaban que en realidad los adictos dejaban la morfina pero para entregarse a la heroína "droga de acción más energética, más prolongada, más tóxica y a la que también costaba poco acostumbrarse". El éxito de la heroína eclipsó pronto a la morfina. "La cuenca mediterránea y Asia, en donde apenas había penetrado la morfina, fueron conquistados por el nuevo vicio. En Egipto hacia 1925, los empresarios pagaban cada semana a sus peones en dosis de heroína.

---

4 Para más detalle sobre las guerras libradas alrededor del comercio de opio entre países del Asia y Europa ver Inglis, Brian (1994).

5 Este de manera particular sigue siendo el método utilizado para la producción de droga actualmente en laboratorios de manera clandestina.

Túnez, Argel y Turquía son algunas de las plazas heroinómanas más reconocidas de Oriente Medio.

En el campo de la política internacional, existen una serie de intentos y esfuerzos institucionales de los países industrializados, consumidores y poderosos en términos económicos y militares, por tomar el control sobre la producción y distribución de drogas ilícitas en el contexto global. Ejemplos de este hecho con relación a la heroína, lo constituyen la Comisión Internacional del Opio en Shanghai 1909, con la cual el gobierno de USA esperaba obtener el control total sobre la producción de opio en los países orientales. “En 1972 Estados Unidos pagó a Turquía 35 millones de dólares para que detuviera su producción de amapola, y ayudó a este Estado en el cultivo de otros productos del agro. Pero en 1974 Turquía decidió seguir con su cultivo tradicional, y que los Estados Unidos debían manejar su problema de drogadicción en tal forma que no afectara las costumbres y economías turcas” (Dusek y Girdano, 178). Algo similar parece estar ocurriendo en el contexto colombiano donde “la potencia” pretende mediante ayuda económica y tecnológica contribuir a la erradicación de los cultivos ilícitos declarando la “guerra al narcotráfico” sin considerar las consecuencias locales que esto pueda producir en la vida social de las regiones de cultivo.

En el presente, la distribución geográfica de la amapola como fuente de materias primas para la producción de droga abarca casi todo el globo. De acuerdo con la Junta Internacional de Estupefacientes (1995), las áreas de producción de derivados de amapola se encuentran específicamente en Indochina (Laos, Camboya, Tailandia y Birmania), la China, el Norte de la India, Oriente medio (Pakistán y Afganistán), Líbano, Turquía y (Latino) América Latina (Colombia, Guatemala y México). Las zonas de transporte y contrabando de opiáceos se encuentran principalmente en países de Oriente Medio como Kazajstán, Kirguistán, Uzbekistán, Turkmenistán, Irán y Arabia, coincidiendo con los territorios de los pueblos pastoralistas nómadas cuyas rutas migratorias posiblemente se encuentren asociadas con las rutas de contrabando y transporte de mercancías asociadas con la droga.

En las regiones tropicales las zonas de cultivo de amapola se elevan hasta los 3.000 metros de altura sobre el nivel del mar, y particularmente coinciden con regiones montañosas, de difícil acceso y donde predominan estrategias de subsistencia y modos de producción tradicionales cobijados

por sistemas políticos cerrados y a veces conflictivos. En el continente americano encontramos regiones de cultivo principalmente en México, Guatemala y Colombia los cuales constituyen –según el criterio de algunos analistas– el “triángulo dorado” del continente americano análogo al que conforman Laos, Birmania y Tailandia en el sudeste asiático (Tokatlian, 1998). Con relación a lo anterior, podríamos preguntarnos por la forma como llegó la amapola al continente americano cuando es en Asia donde fue tradicionalmente cultivada de manera comercial, procesada y en algunos casos distribuida. La difusión de la amapola alrededor de todo el mundo puede tener su foco en los procesos de globalización económicos y la integración de los mercados, tanto lícitos como ilícitos alrededor de mercancías valoradas por la sociedad de consumo global. Sin embargo este constituye un campo sobre el que aún queda mucho por investigar.

La comprensión del fenómeno de las drogas en la sociedad contemporánea, implica poner a consideración el conjunto de factores y variables que atañen al problema como el resultado de circunstancias históricas y socioculturales particulares sin negar sus vínculos con aspectos del orden global. De esta manera, mientras los métodos y los resultados de las investigaciones continúen “comprometidos” con uno u otro sector de la estructura compleja de las drogas ilícitas, enfatizando sus análisis bien en la reivindicación de “los más afectados” o de la sanción “crítica” de los de “arriba” por su forma de proceder en los campos políticos y económicos, el panorama seguirá siendo opacado y distorsionado más que aclarado en la búsqueda de propuestas reales para el conocimiento y el tratamiento del problema.

A continuación, y luego de ilustrar en cierto modo el panorama global de la "droga" donde se inserta la amapola como una planta de uso sociocultural con significados diversos y cambiantes a través del tiempo, intentaré plantear algunas consideraciones con relación a los cultivos en una región específica de los Andes ecuatoriales húmedos y los fenómenos asociados con la amapola desde una escala descriptiva y analítica sin desestimar, claro está, las conexiones y vínculos que existen entre el ámbito local de las zonas de producción de materias primas y las dinámicas regionales y globales de una estructura compleja difícil de definir y analizar.



## **Cultura: cultivos de la amapola y alta montaña ecuatorial**

Considerando la “ecología política” de las drogas, el análisis de las dinámicas de los grupos sociales y las relaciones existentes a su alrededor, parece plantear cierta complementariedad entre las sociedades industrializadas altamente consumidoras de drogas, y las sociedades productoras tradicionales: estas últimas proveen a la sociedad de consumo global de un producto “exótico” en medio de la abundancia y la seguridad que les proporciona el Estado a los miembros de la elite global; mientras las primeras pagan el precio a las segundas –sociedades productoras– por una producción considerada como “ilícita” y sancionada por las leyes internacionales que recae en la estructura de la sociedad donde se insertan las grandes industrias ilícitas productoras de narcóticos.

Con relación al caso particular colombiano, algunos autores han planteado que la adopción del cultivo de la amapola se debió principalmente a aspectos de carácter coyuntural en la economía nacional, relacionados con la crisis cafetera de finales de la década de los ochenta y comienzos de los noventa (Vargas, 1995; Echandía, 1996).<sup>6</sup> Según lo plantea Echandía, la inserción de Colombia en la economía de los derivados de la amapola se debió a factores globales y regionales que favorecieron la adopción del cultivo: por una parte, existen factores de “externalidad” que coinciden con la “crisis” en las regiones tradicionales de cultivo de Asia y Oriente Medio generada por políticas y acuerdos internacionales encaminados a la disminución de la producción en la región; y por otro lado como factor de “internalidad”, los nexos del mercadeo establecidos por la coca en décadas anteriores entre los carteles nacionales y las redes de consumidores en el mercado internacional, lo cual propició que Colombia se convirtiera en el nuevo proveedor de la droga en el cuantioso mercado ilegal internacional.

En este sentido, es necesario comprender que el cultivo de la amapola no es exclusivo de Colombia, sino que fue importado por las redes articuladas al narcotráfico como una nueva fuente de ingresos

---

6 De modo similar Cassanelli (1991) observa cierta coincidencia entre crisis cafetera y el incremento o la adopción de cultivos de Qat en el noreste africano, sancionados debido a cierto criterio de “ilegalidad” debido a su difusión como una mercancía que trasciende el consumo local y tradicional entre los habitantes de las regiones de cultivo a una escala de mercado regional industrial de exportación hacia centros urbanos donde es popular.

y diversificación del mercado ilícito. Como fue señalado en la primera parte, los cultivos de amapola “industrial” y tradicional que proveen de materia prima a las “factorías” de la droga abarcan casi todo el globo, localizándose en diversas latitudes siendo en la mayoría de los casos sociedades tradicionales las que proveen de materia prima el proceso industrial clandestino. Sin embargo, el problema que desencadena el cultivo de la amapola en zonas tropicales y sub-tropicales del mundo –que de manera particular coinciden con las regiones de mayor producción de droga y subdesarrollo sometidas al rigor de las leyes internacionales– pareciera ser una cuestión con un trasfondo geográfico y geopolítico: en estos ambientes el cultivo y por ende la producción de derivados de la amapola puede ser sostenida durante todo el año garantizando cierta constancia productiva; mientras que en otras latitudes donde se consume, el cultivo se ve limitado por los cambios estacionales. Claro está, también existen variables de tipo político que permite el desarrollo de los cultivos en espacios relativamente “autónomos” y conflictivos.

Colombia ha sido considerada en el transcurso de su historia, como una región estratégica para la circulación de mercancías “ilícitas” tales como el contrabando, debido a su localización geográfica en el extremo Norte del continente Sur Americano. Su papel como distribuidor e intermediario lo coloca en una posición ventajosa para el desarrollo de una próspera industria clandestina que provee los mercados ilícitos del Norte fundamentalmente a través de las rutas caribeñas. En las últimas décadas sin embargo (desde finales de los años cincuenta), Colombia cobra una notable importancia como un país procesador y distribuidor de drogas importante a una escala regional y global (de acuerdo con cifras del IRELA y Betancourt y García, 1994).

Hasta hace solo algunos años, las sociedades campesinas se mantuvieron marginales no sólo para los distintos gobiernos de turno, sino también para los académicos, condición que empezó a superarse en las últimas décadas justamente cuando estas mismas sociedades se integran como protagonistas en escenarios surgidos alrededor de los cultivos ilícitos. Las categorías emergentes entorno a estos son claras: “cocaleros” y “amapoleros” son ejemplos de la categoría de campesino contruidos sobre referentes empíricos concretos y realidades espacio temporales particulares que en algunos casos han dado fundamento político a movimientos sociales.

En el caso de las comunidades “indígenas” andinas que adoptaron los cultivos de amapola dentro de su economía doméstica, los procesos de cambio sociocultural han sido evidentes en el mundo tradicional de los grupos sociales debido principalmente a la introducción de nuevos valores, que han sido evidentes en las formas de comportamiento de los miembros de la sociedad tanto en el tipo de relaciones que entablan entre sí como con su medio ambiente, tal y como lo demuestran algunos estudios en los que se identifica la aparición de los cultivos de amapola a finales de la década de los años ochenta. (Ledezma, 1996; Pino, 1998; Gómez y Ruiz, 1997).

El medio ambiente de la amapola en los Andes colombianos se localiza en la tierra fría y templada en las franjas de las vertientes interandinas que abarcan entre los 1.800 y los 3.000 m.s.n.m. En la tierra fría de los Andes colombianos localizada sobre los 2.000 m.s.n.m., la vida social campesina se encuentra articulada fundamentalmente al pastoreo y la horticultura dentro de una estrategia de economía mixta, que constituye la fuente de ingresos básica para la obtención de alimentos entre las comunidades que habitan estos espacios. También, existen otras formas de explotación de los recursos como la caza, la pesca y aún el aprovechamiento de bosques donde estos subsisten. En la región de alta montaña –aquella localizada sobre los 3.000 m.s.n.m.–, tradicionalmente ha existido una economía más especializada en torno a la cría de ganado o a zonas de cultivo más o menos intensivos de tubérculos originales de América tales como la papa (*Solanum Tuberosa*) que abastecen los mercados de los centros urbanos del país como un producto básico.

La horticultura de subsistencia ha sido una estrategia practicada de manera particular en espacios alto andinos como medio para colonizar el territorio y consolidar una unidad doméstica. En regiones con una densidad de población relativamente alta, y unos antecedentes prehispánicos que coinciden con la existencia de sociedades complejas, existe otro tipo de cultivos ya dentro de la categoría de agricultura de las cuales son un ejemplo las regiones del altiplano Cundiboyacense, el altiplano Nariñense (centros hortícolas del país), y el Valle de las Papas en el Macizo colombiano al sur del Dpto. del Cauca, donde las condiciones topográficas del terreno y demográficas de la población, dan lugar a cierta forma de cultivo intensivo y agro industrial para la producción de tubérculos.

Bersen (1991), plantea a manera de hipótesis con relación a la ocupación progresiva de las áreas de páramo –y alta montaña– en los Andes colombianos, que este ha sido un fenómeno relativamente reciente cuyas causas se han debido a aspectos tales como los desplazamientos históricos, el mestizaje de grupos indígenas, presión social sobre la tierra y la introducción de nuevas técnicas agrícolas con efectos claros sobre los recursos del medio natural.<sup>7</sup> La elevada densidad de población en estas regiones y las prácticas de cultivos bajo una perspectiva de subsistencia, ha contribuido o incidido directamente en la transformación del espacio derivada del uso de los recursos (tierra, aguas, etc.), del medio en un medio ambiente transformado esencialmente humano (el paisaje Boyacense o el Nariñense por ejemplo, dan cuenta de un uso intensivo del espacio durante un periodo prolongado de tiempo). La presión de la densidad de población sobre los recursos de estas regiones, ha dado lugar a ciertos procesos de “dispersión” y migración de los habitantes locales hacia otros sitios en busca de empleo o de tierra.

En otras regiones de los Andes por el contrario, la tierra fría permaneció hasta hace relativamente muy poco tiempo sin ningún tipo de explotación económica directa: las zonas de frontera y de colonización andina permanecieron durante cierto intervalo de tiempo –entre los años cuarenta y ochenta del Siglo XX– como espacios “constantes” de moderada intervención y uso social o económico como sucede en el caso de la cordillera central entre los Departamentos del Valle y el Tolima. Durante la década de los años cuarenta del Siglo XX, la inmigración de campesinos de Nariño y Tolima hacia el Valle debido a factores de índole demográfica y política en algunos casos, hicieron posible la colonización de la montaña hasta entonces desestimada debido al privilegio otorgado a la tierra plana y cálida del valle geográfico, donde la agroindustria azucarera representaba una fuente de empleo atrayente para las masas de campesinos sin tierra que flotaban en el ambiente nacional. Para entonces, la alta montaña era “baldía”. Su colonización tuvo lugar mediante la consolidación de huertas de papa sobre los bosques derribados por el hacha, la recolección de madera y la producción de carbón así como la introducción del ganado vacuno para la explotación de las pasturas naturales que proporcionaba el páramo.

---

<sup>7</sup> Para el caso de Cundinamarca, existen trabajos como el de Moreno y Mora-Osejo (1994) donde se analiza la composición social de una comunidad con relación al cultivo de papa el cual constituye su principal medio de subsistencia para ilustrar los efectos de la actividad sobre la vegetación y el suelo.

En el contexto nacional, la tierra fría ha sido reconocida entre la sociedad campesina como un ambiente para la ganadería. Con el auge de la amapola a finales de los años ochenta, esta tierra cobró importancia productiva asociada al ámbito de los cultivos ilícitos que provee de materia prima a la próspera industria nacional del narcotráfico. Entre 1983 cuando se descubrieron los primeros cultivos en el Sur del Tolima, y 1992 el cultivo se había extendido en 113 localidades localizadas en 17 Departamentos con una extensión aproximada de 20.000 hectáreas cultivadas. (Echandía, 1996; Tokatlian, 1998)

Ante la “bonanza” generada por la amapola, fueron colonizados espacios antes deshabitados de la alta montaña donde las condiciones climáticas y medio ambientales mantuvieron una baja densidad de población y aún donde las instituciones ambientalistas del Estado había declararon áreas de reserva destinadas a la conservación de la naturaleza. Quizás, el “boom” de la colonización en los llamados “territorios nacionales” localizados en tierra caliente debido al fenómeno de la coca entre finales de los años '70s y los '80s, descuidó la alta montaña manteniendo alejados los ojos de los campesinos sin tierra que migraban de sus regiones buscando la consolidación de una unidad doméstica, mediante la explotación agraria de la tierra y la renta rápida que proporcionan los ilícitos.<sup>8</sup>

Miles de hectáreas de bosque nativo en las selvas andinas fueron devastadas en muy poco tiempo, quizás en menos de una década, bajo el trabajo constante de las motosierras y la “ambición” de los campesinos sin tierra que esperaban consolidar un capital con el cultivo. Con la introducción de herramientas como la motosierra y un mercado ilícito que incentivó la colonización de estos espacios “salvajes”, las montañas selváticas de los Andes comenzaron a ser tasadas por pioneros provenientes de otras regiones que veían en la actividad la oportunidad de hacerse a la tierra mediante su trabajo y obtener una rentabilidad inicial que nunca darían actividades lícitas tradicionales, como el pastoreo del ganado a corto

---

8 Para el caso del Sudeste asiático, el cultivo de la amapola particularmente en países como Laos y el Norte de Tailandia, ha representado a través del tiempo un medio para la colonización de nuevas tierras en zonas montañosas despobladas por parte de grupos locales y grupos inmigrantes desde China principalmente dando lugar a la consolidación de relaciones interétnicas en torno al comercio y contrabando del opio en rutas específicas. En algunas regiones el cultivo de opio es utilizado como un producto de mercadeo. Los cultivos de opio se localizan sobre los 1000 m.s.n.m. y su producción puede ser sostenida hasta durante 13 años. (Lzikowitz, 1976; Dessaint, 1975)

plazo. Sin embargo, los cultivos de amapola no son sostenidos durante largos periodos de tiempo sino que constituyen cierto tipo de explotación periódica debido a condiciones políticas como veremos más adelante.

De esta manera, y aunque el cultivo de la amapola ha sido percibido como una de las amenazas más representativas para los ecosistemas de alta montaña en el país, los cuales constituyen las “fabricas de agua, es necesario aclarar que no es en sí mismo el cultivo lo que atenta contra los ecosistemas de páramo, sino las dinámicas socioculturales existentes alrededor del cultivo incluyendo claro está, las fumigaciones agenciadas por los programas de corte político internacional ejecutadas por el mismo Estado. Así mismo, tanto las regiones de cultivo potenciales como las ya consolidadas en el territorio andino del país, ofrecen un vasto panorama para análisis sobre la dinámica de poblaciones hacia espacios de colonización andina, que no han sido considerados debido, quizás, al privilegio otorgado a las regiones de colonización oficiales como las cuencas del Caquetá o el Putumayo en las selvas de la Amazonía colombiana.

Así las regiones de cultivos de amapola localizadas en espacios circundantes a la alta montaña, han entrado recientemente en el discurso ambientalista (institucional) al considerar las dinámicas existentes alrededor de la amapola como un atentado contra ecosistemas estratégicos dentro del sistema hidrográfico nacional. El caso del Proyecto del Macizo Colombiano es un buen ejemplo de este hecho que nos permite ver como un medio ambiente específico cobra dimensiones estratégicas políticamente para instituciones de carácter ambientalista, las cuales intentan obtener recursos para la conservación de los ecosistemas naturales mediante el Programa Nacional de Sustitución de Cultivos Ilícitos (PLANTE). “El macizo muere entre amapolas” es uno de los titulares dicentes sobre la percepción de esta región específica de la geografía colombiana. “Colombia está perdiendo su más grande ‘fabrica natural de agua’... La deforestación, la expansión desordenada de la frontera agrícola, la contaminación y la siembra de la ‘flor maldita’ amenaza a este edén natural. 35.000 hectáreas de páramo desaparecieron”. (El País, 7 de Diciembre de 1997)

La distribución de los cultivos de amapola en la región de los Andes colombianos es desigual. En este sentido, tenemos información sobre la existencia de cultivos por Departamentos y localidades esparcidos por

el territorio nacional que en la mayoría de los casos coincide con zonas de difícil acceso y condiciones de “orden público” problemáticas. Aunque, según se ha dicho con relación al medio ambiente físico del cultivo de la amapola, que esta resiste bien el frío pero no tolera las sequías y requiere de tierras ricas en humus, ¿cómo podríamos comprender o explicar el hecho de que los cultivos de amapola hayan tenido mayor acogida y desarrollo más en unas regiones que en otras, aún sobre medios geográficos similares? La respuesta a este hecho ya ha sido sugerida por algunos académicos considerando aspectos muy importantes del medio social y cultural de las regiones donde se adoptó el cultivo como una fuente de ingresos complementaria o especializada de la vida tradicional. A continuación, intentaré describir algunos de los aspectos más representativos del medio sociocultural de los cultivos de amapola en una región específica de los Andes colombianos a partir, del conjunto de relaciones sociales existentes a su alrededor y las estrategias adaptativas que ha generado la introducción del cultivo en la vida social campesina.

Relaciones sociales y adaptación en torno al cultivo de amapola en el sur del Tolima.

Uno de los aspectos más representativos del cultivo de la amapola para el caso particular de la región de estudio en el Sur del Departamento del Tolima, coincide con los procesos de cambio social y cultural derivados de la adopción de una estrategia considerada por las poblaciones locales como rentable, pero calificado por las autoridades estatales e internacionales como “ilícita”. El conjunto de relaciones sociales y estrategias adaptativas derivadas de lo anterior cristaliza en la forma como los grupos locales responden a los procesos de cambio forzoso, derivados de la inserción de su economía doméstica en un sistema clandestino como proveedores del mercado de drogas ilícito.

Aunque las siguientes reflexiones son el resultado de las observaciones en una microregión de la cuenca del alto Saldaña en el Sur del Tolima –subcuenca alta del río Cambrín–, es posible considerar el conjunto de relaciones aquí descritas como aplicable a ciertas regiones de la geografía nacional asociadas con la dinámica global de las drogas ilícitas. Particularmente, en la manera como las poblaciones locales o nativas se articulan a un fenómeno de connotaciones transnacionales en la base de la cadena productiva. En la región andina del país, existen

procesos migratorios y de explotación de los recursos comunes articulados por una parte a las condiciones físicas de los ambientes, y por otra a las características de estas regiones en términos de su composición social y cultural.

De acuerdo con Vargas y Barragán (1995), la llegada de la amapola al Departamento del Tolima y en particular a la región del alto Saldaña donde se localiza nuestra región de estudio, coincide con la crisis del importante sector cafetero de la región de finales de la década de los ochenta, y es propiciada tanto por las condiciones biofísicas del terreno como por la estructura social campesina deteriorada ante la crisis de la economía legal tradicional. El sur del Tolima en los años cincuenta según los autores, es receptor de un “proceso migratorio asociado a las primeras transformaciones demográficas generadas por la violencia política”. Los migrantes provienen principalmente de la zona cafetera del Viejo Caldas “con una tradición en la lucha guerrillera liberal”, percibieron al Tolima como “epicentro de conflictos agrarios, entrada y salida hacia la cordillera central y punto necesario de tránsito hacia Caldas, el Valle, Huila y Cauca” (157). Desde entonces, “el poder armado de la guerrilla, la presencia de autodefensas, la policía... la proliferación de bandas armadas y finalmente del ejercito” (158), han participado en un mismo espacio de conflicto agravado por la persistencia de los cultivos ilícitos y dinámicas de complejas relaciones sociales particularmente violentas.

En el sur del Tolima, los autores antes mencionados identifican cuatro rutas comerciales de derivados de la amapola hacia centros de procesamiento de heroína: 1) San Antonio - Chaparral - Neiva, 2) Rioblanco - Toche (Palmira-Valle) y Rioblanco - Florida (Valle), 3) Chaparral - Ibagué, y 4) Planadas - Palermo - Neiva. La ruta Rioblanco - Toche, es particularmente una ruta de travesía transandina obligada debido a factores de tipo político que vamos a analizar (ver mapa regional de las rutas en el Sur del Tolima).

El cultivo de la amapola, podría considerarse como un tipo de explotación periódica alrededor de la cual existe una población “nómada” que utiliza temporalmente la tierra para el usufructo, y que llegan las áreas de cultivo por relaciones de parentesco o amistad para luego abandonarla según los tratos hechos con los habitantes y autoridades locales (guerrilla). De este modo, no existe un sentido de “propiedad” sobre los recursos,



particularmente donde estos pertenecen a territorios de la nación como sucede con los Parques Nacionales. Con la llegada del cultivo de la amapola a estas regiones campesinas, se genera una serie de cambios en cadena, que afectan tanto a la estructura de la sociedad en sí como las relaciones entre los miembros del grupo y las de estos con su medio ambiente circundante.

En los años setenta, las “áreas de reserva natural” protegidas por las leyes del Estado siguen siendo percibidas por las masas de campesinos sin tierra como espacios “baldíos” ideales para la explotación de una unidad doméstica. Particularmente en el Departamento del Tolima (y en general la alta montaña), las grandes extensiones deshabitadas y de zonas boscosas que sobrevivían hacia finales de los años ochenta entre remotos cañones (cuencas hidrográficas), y en las regiones más aisladas de la cordillera central al sur del Departamento, incentivaron un proceso de “colonización andina” entorno al cultivo de la amapola que atrajo a la región población campesina de diversas procedencias: Valle, Cauca, Caldas, Risaralda y Nariño... Pocos quedan de los que aún recuerda la época entre finales de los setenta y comienzos de los ochenta, cuando al forastero que visitaba las tierras distantes del Tolima se le ofrecía cosechar hectáreas enteras de maíz y frijol, ya que en ciertas ocasiones no había quien hiciera el trabajo y la gente prefería sembrar que cosechar. De acuerdo con el testimonio de un campesino tolimense que habita en el Valle, que ha vivido y experimentado el cambio sufrido en la región vecina del Tolima, “Antes de por allá se sacaban las cargas de comida en muladas... Frijol y maíz se sacaba hacia el Valle y hacia la tierra caliente del mismo Tolima... los campesinos solo entraban algunas cosas se remesa que ellos no producían: arroz, manteca, sal, tabaco, fósforos, licor.. Ahora y como desde la llegada de la amapola, se ven las muladas entrando comida, remesas, gasolina para las motosierras y los compradores de mancha...”.

En el proceso de consolidación del terreno para cultivo o “tajo”, el campesino prevé cierta ganancia neta proporcional a la fuerza de trabajo y capital (dinero), invertido en su adecuación<sup>9</sup>. El tajo para cultivo se

---

9 Cabe destacar que el tajo para cultivo se construye como unidad espacial de uso desde la llegada de los primeros colonos en los años cuarenta, como el paso inicial en la apropiación del espacio natural con el cual se “amansaba” el terreno para dar luego paso el potrero para el pastoreo del ganado el cual representa el fin último o la base económica de subsistencia en la alta montaña.

construye como unidad espacial aparte de los potreros ya consolidados para el pastoreo del ganado. Generalmente, los tajos tienen lugar sobre espacios "naturales" tales como bosques primarios o sobre antiguos potreros "enrastrados" que con el paso del tiempo cayeron en desuso. El fin último del tajo para cultivo es en este sentido limpiar la tierra y dar lugar al potrero. Algunos campesinos dan un pedazo de tierra representada por montes para que alguien la trabaje, la limpie y así posteriormente sembrar el pasto para alimentar su ganado. Finalmente, para el caso de la "racionalidad" pastoralista, el tajo de cultivo luego de proporcionar algunas cosechas y de que la tierra sea "amansada", es convertido en potrero sombrero el pasto definitivo el cual proporciona una renta de subsistencia lenta pero segura.

El fenómeno vivido a finales de los ochenta y comienzos de la década de los noventa con la llegada en masa de la amapola a la región, según lo recuerdan los lugareños, consistía en el siguiente procedimiento en la consolidación de los cultivos: El campesino que quería sembrar amapola compraba una motosierra y los materiales para instalar un campamento temporal o "cambuche" en la zona de trabajo, remesa para varios meses y gasolina.

Se comenzaba talando y quemando un "tajo" entre el bosque primario con los acuerdos previos correspondientes con el propietario del predio al cual el bosque se haya adscrito, (generalmente un pariente suyo), la aprobación de la comunidad para integrarse como un nuevo miembro económicamente productivo en la sociedad, y el aval de las autoridades locales (guerrilla) que controlan la región. En unas cuantas semanas el tajo ya estaba sembrado... la montaña se tumbaba a una velocidad tal que impresionaba a los más antiguos de la región que colonizaron el área al ritmo del hacha. Se preparaba el terreno para la siembra recogiendo los troncos y raíces quemadas por el fuego en pilas que eran incineradas u "hogueras", cuya ceniza servía a su vez como abono. Finalmente, la semilla se sembraba al voleo o en algunos casos en surcos para obtener los resultados de la primera cosecha a los tres meses en las tierras más cálidas o a los seis en las más frías. Particularmente muchos "cambucheros" permanecían en el área sin salir al pueblo hasta obtener los primeros resultados de su trabajo.

Es a partir de este lapso de tiempo que se comienza a ver la ganancia. El amapolero paga las deudas adquiridas con los socios o "planteros" y

comienza a ver los frutos de la inversión de su trabajo rayando un promedio de tres veces cada mata hasta que estas finalmente se secan. El tajo de amapola es sembrado de manera escalonada cuando el campesino prevé una renta constante durante cierto periodo de tiempo. Esto consiste en ir sembrando a medida que se cosecha y las matas se secan. Así se garantiza un cultivo permanente para ser cosechado: una parte del tajo crece y madura mientras otra parte se cosecha y se seca. Un campesino puede obtener así de un tajo de dos plazas un promedio de 50 kilos de mancha en un tiempo de 6 meses desde el momento de la siembra.<sup>10</sup>

En Colombia, las plantas de la amapola florecen entre tres y seis meses después de la siembra según las condiciones climáticas del terreno de cultivo. Antes de que las semillas maduren, “la mancha” de la amapola es cosechada haciendo dos, tres o más incisiones con un “rallador” sobre el pericarpio inmaduro de la planta con lo que se busca dejar salir la sabia blanca y lechosa que mana, para ser recogida por los trabajadores de los campos durante las siguientes 24 horas. Este procedimiento se repite hasta que la planta se seca. El látex blanco y lechoso colectado se oxida tomando un color moreno al ser dejado expuesto al medio ambiente, se deja secar un poco con lo que el contenido de agua se reduce a un nivel aceptable para su venta, posee un fuerte olor y en esta forma bruta es ingerido, inhalado y fumado por los nativos de ciertas áreas de cultivo tradicionales del Oriente Medio y Asia. En Colombia sin embargo, observamos que en las zonas de producción la droga no es consumida entre los miembros de la comunidad local, ya que existe cierto control social que restringe y sanciona negativamente este hecho considerado un “vicio”.

El rendimiento de la amapola es muy variable y depende de factores de tipo climático y edáfico que no siempre se pueden controlar. Por encima de los 3.000 m.s.n.m. por ejemplo, los campesinos consideran que la amapola no da el porcentaje de rendimiento óptimo para compensar el tiempo y la fuerza de trabajo invertida en el cultivo. Según lo recuerdan algunos de los moradores de la región, “Hasta cinco millones de pesos

---

<sup>10</sup> En otras regiones como Banarés y Yunnan en el Sudeste asiático, las flores de amapola abren a los 4 meses de sembrada la semilla, y se estima que cada pie de adormidera da 5 gramos de opio bruto, lo que supone un rendimiento medio por hectárea de 15 a 20 kilos, en los años buenos, 60 kilos” (Brau, 1974, 100). Según Dusek y Girdano (1983), “Los trabajadores cosechan el fruto de la manera proscrita por siglos de experiencia... Se estima que una persona invierta el trabajo de 40 horas de una semana para recoger una libra de opio...”(170).

netos por plaza se podía obtenerse de una buena primera cosecha dependiendo del precio de la mancha. Podía verse a los amapoleros bajar en “La Lechera”<sup>11</sup> con un morralado lleno de billetes repartiendo plata a quien les pidiera y comprando aguardiente en fondas y tiendas a orilla de carretera. En un fin de semana de cantina en el pueblo, no les quedaba de la ganancia de la cosecha ni para pagar el pasaje de vuelta para la finca...”. Tales cantidades de dinero parecían enloquecer a los campesinos quienes nunca en su vida habían visto tanto dinero junto en sus manos. La amplitud era comparada con el derroche, y muchos de ellos querían ganar con este hecho la gracia y simpatía de sus paisanos. Ahora todo ha cambiado, “la bonanza de la mancha pasó y muchos de los que sembraron jardín quedaron peor de lo que estaban, las fumigaciones acabaron con lo que no acabó la mancha...”.

Los cultivos de amapola se consolidan como la fuente de materias primas que abastece una red de intermediarios que la procesan y “enganchan” una valiosa mercancía al mercado negro global de las drogas. De esta manera, el cultivo de un “producto” tan estimado en el mercado de ilícitos atrae la atención de **todo un conjunto de actores sociales que buscan poner bajo su control político la producción y la distribución de la mercancía, incluyendo al mismo Estado**. En el caso de las sociedades “tradicionales” donde se cultiva la materia prima y se procesa la droga, la observación cuidadosa revela ciertas condiciones de existencia donde la vida social tradicional se adapta a elementos exteriores de carácter global: guerrillas, políticas internacionales, fumigaciones, el precio internacional, los compradores, etc., que condicionan y en cierto modo restringen tanto el acceso a los recursos para la vida como las relaciones entre los miembros de la sociedad local.

Lo que podemos apreciar sin embargo, y de acuerdo con la naturaleza de la alta montaña, es que esta constituye más un espacio de tránsito y de frontera geopolítica entre los valles interandinos, que durante periodos

---

11 La Lechera constituye el medio de transporte utilizado por los campesinos de las regiones más aisladas de la cordillera para llegar hasta la ciudad o de esta a sus predios. La Lechera es un vehículo que sube diariamente por la carretera de la región desde Palmira en el Valle hasta un sitio conocido como La Punta donde termina. En este trayecto, la lechera recolecta la leche que los campesinos sacan hasta sitios destinados para ello a lo largo de la carretera. También representa el medio de entrada y salida para la región vecina del Tolima. La lechera es en este sentido el medio por el cual el mundo rural campesino se articula con el mercado urbano abajo en el Valle.

de tiempo más o menos prolongados (en el caso de la “Línea” en cordillera central) ha sido transitada por los comerciantes –que a lomo de mula desde el período pos colonial– sacan los productos desde las regiones más aisladas de la cordillera hasta los poblados donde se mercadean los productos.

Con relación a la dinámica del intercambio generada por la amapola, los grupos armados guerrilleros localizados en estas regiones aisladas tomaron cartas en el asunto controlando tanto el acceso de personas nuevas y desconocidas a las regiones de colonización, así como en las estrategias que transformaban el medio natural en un ambiente sociocultural. La guerrilla al respecto decretó al ver la “descomposición” en la región producida por el cultivo de amapola, que quien tumba dos hectáreas para sembrar jardín debía destinar una para cultivar comida luego de ver la transformación de una comunidad donde los alimentos se perdían por la abundancia, en una donde las muertes por venganzas fruto de la ambición se convirtieron en constantes y la abundancia del dinero contrastaba con la escasez de alimentos.

La bonanza amapolera de este modo incentivó la rotulación de nuevas tierras productivas que ampliaron las unidades domésticas preexistentes, dando cabida en algunos casos, a nuevos propietarios provenientes principalmente del Valle que negociaban con el propietario local la venta parcial o total de su predio o mejora. Algunos campesinos aprovecharon la bonanza para hacerse a su capital y progresar entre la comunidad o fuera de ella. Otros por el contrario, derrocharon a manos llenas sus ganancias en algunos casos por millones, en alguna cantina de la ciudad o en otros casos fueron arruinados por la fumigación de las avionetas que no les permitió pagar las deudas del “plantero”. En la actualidad y pese a las prohibiciones de la guerrilla de aceptar “gente desconocida” que no es de la región para trabajar en el área, se puede observar la confluencia de hombres jóvenes que entran a la región desde el Valle a trabajar “rayando” en los cultivos de amapola. Los trabajadores provienen generalmente de regiones aledañas a la carretera que comunica al Tolima con el Valle. Tenjo, Potrerillo, Tienda Nueva y Palmira son algunas de las procedencias más comunes de los amapoleros. Los compradores por su parte proceden fundamentalmente del eje cafetero: Pereira.

El “negocio” fomentado por los compradores de “mancha” o “goma” de amapola que constituye la materia prima para la producción de la droga,

además de la red de relaciones sociales y las dinámicas particulares que introducen en la localidad, da lugar a cierta difusión del cultivo debido a su alta rentabilidad hacia otras regiones propicias para su adopción:<sup>12</sup> así, el cultivo de la amapola se desarrolla bajo la forma de contagio o “envenenamiento” social. ¿Qué hace posible que sobre un mismo medio ambiente físico tengan lugar distintos sistemas de explotación de los recursos y dinámicas socioculturales diferentes? ¿Por qué encontramos en el Tolima cultivos de amapola mientras que en su región homóloga del Valle no ocurre lo mismo sino que se consolida como la ruta del intercambio y mercado? Seguramente, la respuesta a estas preguntas las hallamos tanto en las características físicas como socioculturales de las regiones, de algún modo, en el medio ambiente sociocultural que los grupos locales han construido a través del tiempo y el tipo de relaciones sociales con diversas instancias del contexto regional.

Algunas de las variables que deben ser tenidas en consideración son las de aislamiento geográfico, medido por las vías de acceso, la topografía del terreno y las circunstancias geopolíticas que favorecen la adopción del cultivo como parte complementaria de la economía campesina y en ciertas ocasiones como un sector especializado. Desde el punto de vista de la economía de subsistencia, tanto en el Valle como en el Tolima la ganadería bovina lechera ha sido el sistema tradicional mediante el cual el medio físico ha sido explotado. En el caso del Valle, el ganado proporciona a los campesinos leche que es comerciada diariamente al intermediario o comprador (lechera) debido en cierto modo a su cercanía a la carretera.<sup>13</sup>

Para el caso del Tolima, la distancia entre algunas de las fincas más aisladas la carretera en el Valle suman más de quince horas de camino, estando las más cercanas a “La Línea”<sup>14</sup> Departamental a más de

---

12 Entre las características más sobresalientes de las regiones donde se cultiva la amapola encontramos cierto aislamiento geográfico, pequeñas propiedades, y espacios baldíos o naturales ideales para la colonización.

13 Algunos campesinos viajan hasta dos horas de bajada a entregar diariamente su carga de leche a la lechera e sitios específicos acordados para la entrega a lo largo de la carretera. El lechero entrega un recibo diario donde consta el volumen de leche entregada. El campesino cobra quincenalmente su renta que suma el total de litros entregados pagados al precio local. Luego de la entrega el campesino regresa por el camino que bajó hacia la finca.

14 La Línea es un referente espacial que está dado por la línea divisoria de aguas que se vierten al Cauca y el Magdalena particularmente en la cordillera central del país y que constituye a su vez el límite político administrativo Departamental.

cuatro horas de camino del sitio conocido como “La Punta” hasta donde diariamente llega la Lechera a recolectar la leche de las regiones de Tocheadentro y La Negra (Valle). Los campesinos dedicados a la cría de ganado en el Tolima obtienen la leche de su ganado con la cual prensan queso que es conservado durante cierto periodo de tiempo (un mes o más) cuando realizan la venta en el Valle. Generalmente el campesino en el Tolima espera hasta completar la “carga” para sacar su producto e intercambiarlo por dinero y remesa. De manera particular, el aislamiento geográfico coincide con una mayor especialización económica.

En el Tolima, los campesinos especializados en la ganadería y la producción de queso, se localizan en el área más alta de la cordillera que es a su vez la zona más cercana a “La Línea” y por lo tanto a la carretera. Es en este espacio por encima de 3.000 m.s.n.m. –como ya anotamos antes– donde la rentabilidad de la amapola no es óptima, “no da el porcentaje” de ganancias comparativamente con las tierras más bajas. En el caso de familias ganaderas que viven en este tipo de ambientes, lo que observamos es que ciertos miembros del grupo doméstico (hombres jóvenes), bajan a trabajar en fincas donde se cultiva la amapola como “ralladores”. En otras ocasiones, el campesino de alta montaña puede tener otra propiedad más abajo, una mejora o una tierra en alquiler, el cual explota con la amapola y la contratación de trabajadores especializados. Más abajo, entre los 2.800 y 2.000 m.s.n.m., encontramos un tipo de economía mixta que combina la ganadería de doble propósito en el caso de plantaciones de amapola más o menos extensas, y la ganadería quesera en el caso de pequeñas cultivos domésticos, sin desestimar la existencia de cierto número de amapoleros especializados o “cambucheros”.

Las grandes plantaciones de amapola no son la regla en el sur del Tolima. El cultivo se desarrolla dentro de una economía fundamentalmente doméstica. Sin embargo, cuando el cultivo excede una hectárea en predios de “grandes propietarios”, este producto es complementario a la cría de ganado y encontramos en la finca a cierto grupo de trabajadores (hasta 8) que trabajan en la plantación en parejas: uno de la pareja de trabajadores va adelante por el sembrado rayando los pericarpios de las plantas, mientras el segundo va detrás colectando la mancha blanca que emana de las heridas propiciadas a la planta con una cuchilla de afeitar “encabada” sobre un mango de madera. El “rallador” debe tener mucho cuidado de no profundizar demasiado la cuchilla ya que la planta se puede secar

generando pérdida. De esta manera, un par de ralladores o cosechadores, pueden colectar entre 8 y 10 “copadas”<sup>15</sup> de mancha diaria que en épocas buenas representa un salario diario de \$10.000.

Mucho más abajo, en la región que se conoce como Campo Alegre, ya encontramos cierto tipo de explotación de cultivos especializada sobre tierras recientemente colonizadas y sobre tierras tradicionalmente destinadas para esta labor. También debido a las características climáticas (entre 1.800 y 1.500 m.s.n.m.), la producción de alimentos de “pancoger” es combinado con los cultivos de amapola. Es en estas áreas donde las fumigaciones son más frecuentes y los enfrentamientos entre guerrilla y paramilitares más periódicos.<sup>16</sup> La región de Campo Alegre según lo confirman los campesinos, ha sido un área tradicional de conflicto armado. De allí surgieron algunos de los líderes de los grupos “guerrilleros y bandoleros” más representativos de la escena nacional, debido a los enfrentamientos segmentarios entre grupos de campesinos por el control del territorio y el acceso a los recursos. De otro lado, se constituyó como un sitio estratégico de paso transandino para controlar el sur del Tolima y el norte del Cauca y Huila por el cañón del alto Saldaña. (como ya ha sido señalado por Vargas y Barragán 1998)

Según cuentan algunos informantes, “en Campo Alegre siempre han estado en guerra”. Años atrás era una guerra entre familias que tenía lugar alrededor de venganzas de muertes sucesivas. Se consolidó entonces la clasificación geopolítica de los habitantes de la región según el espacio que habitaban y su adscripción “natural” a uno y otro bando: los de arriba y los de abajo. Ahora, los de arriba son los “guerrilleros”, los que controlan la montaña, el monte... Los de abajo, son los “paras”, los que controlan las carreteras, la tierra caliente y “civilizada”.

A los amapoleros les corresponde el mundo de los de arriba, están clasificados dentro de la categoría de los “colaboradores” de la guerrilla. Nunca un amapolero, ni aún un campesino ganadero (salvo

---

15 Las copas son de plástico, son las copas donde vienen los rollos fotográficos cuyo volumen aproximado es de 27 centímetros cúbicos.

16 Este es el principal motivo de por qué muchos campesinos del Tolima prefieren hacer un largo viaje hasta el Valle para salir de sus localidades a pesar de que la punta de la carretera por este sector queda mucho más cerca. El cerco paramilitar instalado en esta zona restringe la entrada y salida de población hacia la montaña.



casos excepcionales) se atreve a salir por “abajo”, por Campo Alegre en el Tolima aunque la punta de la carretera le quede mucho más cerca que la punta del Valle. Por allí corre el peligro de morir en el intento en manos de los paras que “no preguntan sino que asesinan”. Los campesinos en cambio, prefieren hacer viajes hasta de quince horas para salir por el Valle pasando la Línea departamental sobre un territorio “seguro”.

La guerrilla controla la montaña. Así, los amapoleros pagan un impuesto a la guerrilla para que esta los proteja y mantenga el orden en la región. Hasta finales de 1999, el impuesto cobrado por la guerrilla estaba en \$50000 por Kilo de mancha vendida. También, habían dispuesto sitios de compra-venta para los amapoleros y así garantizar el control y la seguridad además de cobrar el impuesto. Luego de cierto incidente sucedido en uno de estos sitios de “mercadeo” de mancha, donde los “paras” incursionaron sorpresivamente decomisando la mercancía y robando el dinero a los compradores amenazando a los campesinos y abriendo fuego contra ellos, los compradores van de finca en finca pesando y comprando la mancha a los campesinos. La guerrilla pierde credibilidad y poder local por su falta de control. En este incidente los “paras” se fueron diciendo a los campesinos quienes reclamaban su mancha que en cierto tiempo se les arreglaba el problema. Esto nunca sucedió.

Campo Alegre es también la región donde se localizan las “cocinas” –laboratorios– donde la mancha se “voltea”. Los “volteadores” son aquellos quienes procesan el opio crudo en morfina, entran y salen por el Valle viajando durante dos días Tolima abajo comprando mancha, por donde pasan hasta un sitio de procesamiento en cercanías a Campo Alegre. El comprador algunas veces coincide con el volteador pero no es la regla. Ambos ingresan al Tolima desde el Valle con todos los ingredientes o insumos químicos necesarios para realizar el procedimiento de depuración de la Morfina. “Acetato” y el dinero es la carga más común de los compradores de mancha.

El cambio sociocultural en el sur del Tolima, es evidente tanto en los sistemas de valores como en el comportamiento social que cristaliza en las formas de relaciones sociales y las estrategias de utilización del medio sobre los cuales las primeras se hacen concretas. Los bosques se fueron al piso para dar paso a los cultivos del “jardín” y la producción de mancha. El medio exuberante de la selva andina sufrió una gran destrucción por

la llegada de nuevos sujetos y nuevos valores a la comunidad. El ordeño del ganado vacuno que en décadas anteriores proveyera a los campesinos de estas regiones aisladas de la cordillera, de una renta segura pasó a un segundo plano, mientras la “leche” de las flores atrajo la atención de los campesinos por el dinero.

Si bien he intentado describir algunos de los aspectos socioculturales más representativos relacionados con la inserción de la amapola en la vida social campesina en la región de estudio, es claro que quedan muchos vacíos y preguntas por responder así como temas en los cuales profundizar. De acuerdo con lo planteado, podemos ver cómo el fenómeno de la amapola adquiere connotaciones específicas sobre ambientes sociales y geográficos concretos que inciden en las sociedades locales las cuales deben generar comportamiento social que les permita adaptarse para sobrevivir.

#### **4. Conclusión**

Desde una perspectiva ecológica, existen ciertos factores medio ambientales que hacen posible el desarrollo y la persistencia de cultivos ilícitos sobre espacios geográficos específicos, pese a los esfuerzos de índole institucional (estatal) por erradicarlos. Sin embargo, no es posible explicar el fenómeno de la introducción y la adopción de los “cultivos ilícitos” entre sociedades campesinas únicamente por el tipo de condiciones físico naturales de las regiones que estos habitan, sino que sería posible comprender el fenómeno de manera más holística considerando también las características socioculturales y políticas que articulan este tipo de sociedades a sistemas económicos globales y periféricos. La coca es por ejemplo un cultivo de climas cálidos, que se práctica en pisos térmicos inferiores a los 1.500 m.s.n.m. y cuya productividad representada en la cosecha de la hoja es trimestral. La amapola por su parte, es un cultivo propio del clima frío que en los Andes tropicales abarca las laderas de las cordilleras entre los 2.000 y los 3.000 m.s.n.m. y con un ciclo productivo trimestral o semestral de recolección diaria.

De manera particular, las regiones donde encontramos cultivos ilícitos se caracterizan por ser espacios sociales donde la presencia del estado es débil o inexistente, donde los grupos guerrilleros asumen el papel de Estados o Jefaturas, y donde los grupos sociales locales son tan

heterogéneos (campesinos o indígenas) en su estructura social, que incorporan en algunos casos el cultivo de ilícitos en su economía doméstica debido a su rentabilidad comparado con las actividades “lícitas”. En la región andina, los cultivos ilícitos constituyen un renglón complementario a las estrategias tradicionales –aunque en ciertos casos son principalísimos– que representan un ingreso extra dentro de la economía campesina (casos coca-café y ganado-amapola), en contraste con otras regiones como el Caquetá donde existe una economía especializada en torno a la coca: producción de materias primas, procesamiento, distribución, etcétera.

En Colombia desde una perspectiva histórica, la “naturaleza” de los cultivos ilícitos han cambiado con el transcurso del tiempo y los valores tecnológicos de la sociedad de consumo (los gustos, las modas, el consumo). De este modo, en los años '60s del Siglo XX el auge del consumo de Marihuana (Canavis Sativa) originaria de la India, adquiere connotaciones internacionales con la masificación de su consumo en Estados Unidos y Europa. De igual manera, entre finales de los años '70 y los '80, la cocaína toma su lugar a una escala global desplazando parcialmente la importancia de la marihuana que no por esto deja de ser consumida, consolidándose Perú y Bolivia como los principales centros de producción y Colombia como el principal mediador o distribuidor caribeño. Finalmente, en la década de los '90 Colombia se inserta al antiguo mercado de la producción de derivados del opio (amapola) cuyos principales representantes se encuentran en el lejano Oriente (el “triángulo dorado del opio”) y que han estado proveyendo durante largo tiempo los mercados de China, Europa y Norte América (los principales consumidores).

El conjunto de relaciones socioculturales locales que existe entorno a los cultivos ilícitos, se encuentra en la base de una dinámica de connotaciones internacionales: la producción campesina que provee materias primas para un negocio lucrativo está articulada al capitalismo avanzado de las sociedades industrializadas que gastan sus excedentes en el consumo lúdico de drogas. En términos generales al hablar de drogas, los académicos se han visto abocados a abordar el tema desde una perspectiva que infiere datos de carácter global y en algunos casos información de índole histórica. Las poblaciones locales sin embargo, donde la materia prima que surte las “cocinas” donde se produce la droga, han sido obviadas aún por quienes planifican los programas de fumigación

desde avionetas, o por los programas institucionales sobre sustitución de cultivos ilícitos que se agencian desde el gobierno nacional y que responden a las exigencias de la política internacional.

Desde una perspectiva global, no han sido consideradas las estrategias adaptativas de los grupos sociales que han introducido en su economía un cultivo rentable calificado de ilícito por cuestiones de economía y política internacional entre naciones productoras y consumidoras, así como el contexto sociocultural que tiene lugar en estas regiones del mundo donde el cultivo y la producción de drogas hace parte más de una realidad social local mediada por “conflictos” de diversa índole.

Así, la economía doméstica campesina ha sido considerada como una estrategia de sobrevivencia cuyas tecnologías no representan ni producen un excedente de valor agregado proporcional a la fuerza de trabajo invertida. De esta manera, ¿cómo podría comprenderse la articulación de la sociedad campesina a un mercado internacional de gran rentabilidad como es el de las drogas? Está claro para cualquiera que tenga una idea de lo que el negocio del narcotráfico representa en términos de capital, que las ganancias reales del tráfico de drogas se acumulan al nivel de la mediación y la distribución y no al nivel de la producción: son las “mafias” las que en este sentido acumulan el excedente de capital que se genera desde la base proveedora de materias primas y productos. En este sentido, deberíamos pensar para un análisis de la ecología ilegal del tráfico de drogas, en los mecanismos de funcionamiento de las estrategias de redistribución del capital, y comprender el cómo los grupos sociales articulados a este fenómeno generan un desequilibrio en toda la sociedad desde el ámbito del mercado: ¿cuales son las leyes del intercambio en medio de la ilegalidad?

Sin embargo, podríamos preguntarnos con relación a las dinámicas socioculturales generadas por un referente empírico particular como la droga en el contexto colombiano ¿porqué sucede cuando lo que estudiamos o intentamos comprender pone en riesgo nuestra propia vida debido a las circunstancias generadas por el mismo contexto y la naturaleza de la investigación?, ¿Estamos en capacidad de responder a las condiciones del medio ambiente de las drogas ilícitas donde llevamos a cabo la investigación sin poner en riesgo nuestra propia integridad personal, física y moral?, ¿O acaso no estamos revelando instancias

esenciales de la vida de nuestros sujetos investigados que ponen de manifiesto su condición de ilegalidad y por lo tanto condicionando nuestra posición (rol) entre el grupo social investigado?

Las limitaciones de la observación participante (método fundamental para la investigación antropológica), en lo que respecta al estudio de las drogas, se acentúan mucho más, debido tanto a nuestras divergencias cognitivas para el caso de su uso o consumo, como a las condiciones políticas que restringen nuestro acceso a la información en el caso de la producción y distribución del producto en el mercado. Por una parte, ciertos estudios recientes se han apoyado sobre fuentes de carácter oficial para delinear críticamente el cómo la política entre Estados en un contexto global afecta a otras esferas de las sociedades vinculadas fundamentalmente con la producción de drogas como sucede con el caso de las fumigaciones. En cuanto a las experiencias surgidas de la experimentación directa con drogas sobre las que muchos antropólogos han basado sus trabajos, se han convertido en algunos casos más en un “cliché” para la sociedad de consumo que busca nuevas experiencias en medio del aturdimiento pos moderno al estilo “Don Juan”<sup>17</sup> participando de las nuevas tendencias de turismo chamánico tan de moda entre grupos de “místicos” y esotéricos urbanos contemporáneos que se apropian del discurso “indígena” y académico para generar modas y crear nuevas mercancías de elite.

Finalmente, es necesario pensar en la velocidad del cambio sociocultural que le imprime el fenómeno de las “drogas” a nuestra sociedad contemporánea particularmente en los ámbitos políticos – en el caso del contexto nacional- y en la estructura social en las regiones donde la droga se inserta bajo dinámicas específicas como sucede en los campos de cultivo y regiones de producción. De este modo, podemos decir que lo descrito en estas páginas corresponde a un tiempo etnográfico específico localizado entre 1998 y 1999, cuando la amapola entra en “crisis” debido a los esfuerzos institucionales por erradicarla y por sus mismas consecuencias en el orden local reflejadas en la transformación de la estructura social. Seguramente en el momento actual, las cosas ya

---

<sup>17</sup> La historia y el trabajo de Carlos Castaneda representa una de las obras más representativas para la antropología misma en cuanto al estudio de las formas de percepción y clasificación de la realidad bajo lo que él mismo llamó “estadios alterados de conciencia” a partir del consumo de drogas con un chaman.

no son como aquí se describen sino que han cambiado. Quizás este sea uno de los retos de la investigación en el ámbito de las disciplinas sociales interesadas en lo que ocurre alrededor de la “droga”, relacionado con los procesos adaptativos que tienen lugar en espacios donde las drogas marcan hitos en la construcción de la realidad local y nacional.

## Bibliografía

BERSEN, Otto. “Observaciones preliminares sobre el cultivo en zonas de páramo de Colombia”. Revista Novedades Colombianas. Nueva Epoca. Num. 3, Diciembre de 1991. Museo de Historia Natural. Universidad del Cauca. Popayán, 1991.

BETANCOUR, Darío y Martha, García. “Contrabandistas, marimberos y mafiosos. Historia social de la mafia en Colombia (1965 – 1992)”. Tercer Mundo Editores. Bogotá, 1994.

BURROUGHS, William. “El almuerzo desnudo”. Ed. Bruguera S.A. Barcelona. España. [1959], 1980.

BRAU, Jean Louis. “Historia de las drogas”. Editorial Bruguera S.A. España, 1974.

CASSANELLI, “QAT: Cambios en la producción y consumo de una mercancía cuasi legal en el noreste de Africa”. En: Appadurai, Arjun. (ed.). “La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías”. Editorial Grijalbo. México, 1991.

DESSAINT, William Y. And Dessaint, Alain Y. “Strategies in opium production”. Revista: Ethnos. Vol. 40: 1 - 4. The Ethnographical Museum of Sweden. Stockholm, 1975.

DUSEK, Dorothy y GIRDANO, Daniel. “Drogas. Un estudio basado en hechos”. Fondo Educativo Interamericano. México. [1972], 1983.

ECHANDÍA C., Camilo. “La amapola en el marco de la economía del ciclo corto”. Revista Análisis Político Núm. 27 Enero/Abril. Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, 1996.

Informe de la Junta Internacional de Fiscalización de estupefacientes. (1995). “Geopolítica de la droga”. Viena. Naciones Unidas. El país 17 de Marzo de 1996.

La Cruz, Luis G. “Plantas prohibidas. De milagrosas a malditas”. Revista Natura. Num. 192. Marzo. España, 1999.

LEDEZMA Llantén, Leydy. “El cultivo de la amapola y el cambio sociocultural en San Pedro de Guambía”. Tesis de Antropología. Universidad del Cauca. Popayán, 1996.

LZIKOWITZ, Karl G. “Vecinos en Laos”. En: Barth, Frederik (comp.). “Los grupos étnicos y sus fronteras”. Fondo de Cultura Económica. México, 1976.

MENESES, Lucía Eugenia. “ Los Narcotraficantes,y el The´ Wala: una aproximación comparativa al uso y poder cultural de la coca en los andes de Colombia”. Ponencia XI Congreso de antropología en Colombia. Simposio: Drogas, cultura y poder. Universidad del Cauca. Popayán, 2000.

PINO Leyton, Lida M. "La amapola como un factor acelerador de la dinámica cultural en un resguardo del sur del Cauca". Tesis de Antropología. Universidad del Cauca. Popayán, 1998.

TOKATLIAN, Juan Gabriel. "En átomos volando. La fumigación de cultivos ilícitos: una opción trágica". Número 18. Junio – Julio – Agosto. Bogotá. Colombia, 1998.

SAMPER, Mady. "Rostros humanos tras los bosques de niebla". Magazín Dominical. "La flor del Diablo". El espectador. Num. 846. Agosto, 1999.

SIERRA Sierra, Silvio. "El macizo muere entre amapolas". El País. Domingo 7 de Diciembre. Cali. Colombia, 1997.

VARGAS, Ricardo y Barragán, Jackeline. "Amapola en Colombia: economía ilegal, violencia e impacto regional". En: Vargas, Ricardo (comp.). "Drogas, poder y región en Colombia: Impactos locales y conflictos". CINEP. Bogotá, 1995.